

LA MONEDA DE TRES CARAS

Seudónimo: Viajante Solitario

El Camino de Santiago no empieza en Roncesvalles ni en León; empieza en el preciso instante en que decides, en que en la mochila de la vida, crees que ha llegado el tiempo de vaciarla, y renovarla, con el fin de no llevar el peso del pasado, sino los nuevos cimientos del futuro. A mis cuarenta y un años, arrastraba un trabajo donde me habían echado, la aparición de unos dolores crónicos que me acompañarían para toda la vida y lo peor una soledad que me estaba adaptando a ella. Por eso acabé aquí, con una mochila carga a los hombros los cuales hacía que día tras día se notara el peso del equipaje que llevaba y unas botas nuevas que amenazaban con llenarme los pies de ampollas antes de cruzar la primera provincia.

Llevaba quince días caminando en solitario, huyendo de las grandes masas de peregrinos. Prefería las horas del amanecer, cuando esa niebla típica gallega se pega a los prados, y los caminos de tierra parecen senderos donde la casi invisibilidad te envuelve. Avanzaba a paso lento por la comarca de La Peña, sintiendo el crujido de la carretera bajo mis suelas. El dolor de las piernas ya no era un enemigo, sino una especie de amigo que me dictaba el ritmo de los pensamientos y me hacía ver que estaba vivo.

Al mediodía, el cielo se cerró de golpe. Una tormenta de esas que solo ocurren en Galicia, con gotas gordas que golpean como piedras, me obligó a buscar refugio a toda prisa. Divisé el tejado de pizarra de una vieja ermita abandonada, medio oculta por los castaños y la maleza del bosque. Empujé la puerta de madera carcomida, que cedió con un chirrido largo, y me metí en el interior, con el frío y la humedad en los huesos.

Allí dentro, sentado en un banco de piedra desgastado, había otro peregrino. Era un hombre mayor, llevaba una barba canosa y descuidada, que vestía una capa de lona que tapaba únicamente su cuerpo. No llevaba mochila, solo un viejo zurrón de cuero y un bastón de madera de acebo con la punta gastada de golpear la roca.

—Pasa, peregrino —dijo con una voz cálida,—. La lluvia de hoy tiene prisa, pero nosotros no.

Me senté a unos metros de él, frotándome las manos para entrar en calor. Saqué de mi equipaje un trozo de pan duro y una cantimplora con agua, y se lo ofrecí por cortesía. El viejo sonrió de lado, aceptó un pedazo de pan y, a cambio, sacó de su zurrón una navaja pequeña y una extraña moneda de metal oscuro que se puso a girar entre los dedos con una destreza asombrosa.

—¿De dónde vienes? —le pregunté por romper el hielo.

—De donde me lleva el viento —contestó con una sonrisa misteriosa—. Siempre nos preguntamos de dónde venimos pero todos los que caminamos sin mirar el mapa al final nos lleva nuestro instinto. El Camino no es una línea recta en un folleto de turismo; es un brújula que cada día sacas con el fin de que te lleve a la meta que te has propuesto.

Me fijé en la moneda que hacía rodar por sus nudillos. No era un euro ni ninguna divisa conocida. Tenía un relieve extraño, con tres rostros grabados en sus bordes que se entrelazaban entre sí.

—Curiosa moneda —comenté. No parece de este siglo.

—No lo es —dijo deteniéndola en seco sobre la palma de su mano—. Es la moneda de las tres caras. Me la dio un santero en el Cebreiro hace años. Dice la leyenda que el Camino te ofrece siempre tres oportunidades para cambiar de vida: la cara de lo que perdiste, la cara de lo que tienes ahora y la cara de lo que puedes llegar a ser si te atreves a soltar amarras. La mayoría de los peregrinos caminan mirando al suelo, buscando la primera cara, lamentándose por lo que dejaron atrás. Por eso caminan encorvados, porque el pasado pesa más que las piedras de la mochila.

Sus palabras me hicieron que mi mente se activara. Era como si aquel desconocido estuviera viendo lo que hasta entonces había sido mi vida. Le hablé de mi tienda de muebles cerrada, de las deudas que me quitaban el sueño y del silencio ensordecedor que me esperaba al volver a casa, tras un divorcio traumático. Él escuchaba sin interrumpir, asintiendo con la cabeza mientras la tormenta rugía con fuerza en el exterior, haciendo temblar los cristales rotos de las ventanas altas.

—Tu problema —sentenció el viejo, guardando la navaja— es que crees que un negocio roto y la ruptura en el amor, es el fin del mundo. Las naves industriales se cierran, las persianas se bajan y las cuentas del banco se quedan a cero, pero la vida sigue moviéndose ahí fuera.

El óxido solo destruye el hierro que se queda quieto. Si estás aquí, andando bajo la lluvia, es porque todavía tienes fuerzas para dar la batalla.

La tormenta amainó tan rápido como había empezado. Un rayo de sol limpio cruzó la puerta de la ermita, iluminando el polvo en suspensión del ambiente. El viejo se levantó, apoyándose en su bastón de acebo, y se echó el zurrón al hombro.

«—Ha sido un placer compartir el pan, viajante —dijo caminando hacia la salida—. Sigue la flecha amarilla...». Y no mires tanto el suelo, que las estrellas están arriba.

Cuando quise darme cuenta, el hombre ya había desaparecido entre los árboles del sendero. Al ir a recoger mi cantimplora, descubrí que se le había olvidado la vieja moneda de metal oscuro sobre el banco de piedra. Salí corriendo a la calle, gritando para avisarle, pero el bosque estaba en calma y no se veía un alma por el camino.

Me guardé la moneda en el bolsillo del pantalón y continué la marcha. Esa tarde caminé con una ligereza que no había sentido en años. Las palabras del viejo me habían dejado una sensación de paz extraña en el cuerpo. Al llegar al final de la etapa, en el albergue público de Portomarín, me encontré con un ambiente que me devolvió la sonrisa de golpe. Las terrazas estaban llenas de peregrinos compartiendo mesas, unos jóvenes extranjeros tocaban la guitarra junto a una fuente y los hospitaleros mayores repartían caldo gallego y pan artesano con una generosidad desinteresada. Daba gusto ver esa alegría colectiva.

Me senté en una mesa de una taberna del pueblo a disfrutar de una jarra de vino de la tierra y de unos mejillones al vapor, que era lo único que me podía permitir. Saqué la moneda del bolsillo para mirarla de cerca bajo la luz de las bombillas. Al girarla entre mis dedos, me di cuenta de un detalle que me heló la sangre: uno de los tres rostros grabados en el metal tenía exactamente la misma barba descuidada, las mismas arrugas en los ojos y la misma expresión del misterioso viejo de la ermita abandonada.

Un escalofrío me recorrió la espalda, pero no fue un miedo desagradable, sino una certeza rotunda. Comprendí que el Camino me acababa de poner delante de la tercera cara: la de la oportunidad de reconstruir mis valores, valorar el apoyo de la gente de verdad y entender que la vida, con todas sus crisis y sus

quiebras, es una aventura que merece ser reescrita en un nuevo folio. Guardé la moneda en el rincón más seguro de mi mochila, sonreí al camarero al recibir el plato de comida y me preparé para el día de mañana, sabiendo que las botas ya no me pesaban y que el faro de la catedral me esperaba al final del sendero.